



Trinidad una y eterna, inmensa y pura

Hoy la Iglesia nos invita a entrar, con paso lento y corazón despierto, en el misterio más profundo y luminoso de nuestra fe: **Dios es comunión de bondad entrañable**, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La celebración comenzó ayer al caer la tarde, cuando la luz se vuelve suave y el día se entrega sin resistencia a la noche que llega. En ese umbral sereno, la Comunidad Cristiana entona el himno *Imménsa et una Trínitas*, atribuido a Esteban de Lieja en el siglo X, como quien abre una ventana para que el alma respire.

En esa hora del día, cuando el sol ya no hiere y la brisa refresca la tierra cansada, la asamblea litúrgica contempla y celebra a Dios como **plenitud que ilumina sin deslumbrar**, como **paz que envuelve sin imponer**, como **descanso que acoge sin exigir**. El misterio del que en este domingo hacemos memoria agradecida, no es una idea abstracta ni una fórmula que encierra a Dios en palabras. Es el **corazón vivo** de todo lo que existe. En la Trinidad descubrimos que el amor no es algo que Dios posee, sino **lo que Dios es**.

El Padre: fuente y origen

El Padre es el principio sin principio: **Aquel que da todo sin retener nada**. De Él brotan la vida, la luz y la bondad. Su mirada es creadora: donde el Padre mira, la existencia florece. Cada criatura lleva en su interior un eco de su ternura; esto hace que para nosotros sea todo un reto para descubrir esa presencia. Decir “Padre” es

recordar que no somos fruto del azar, sino **hijos sostenidos por una fidelidad que no se cansa**.

El Hijo: rostro y palabra

El Hijo es la Palabra que revela al Padre. En Jesús, Dios se hace cercano, visible, humano. Él nos muestra que el amor divino no permanece lejos, sino que **desciende**, abraza la cruz y transforma el dolor en salvación. En Cristo, el amor se vuelve obediencia confiada, entrega silenciosa, misericordia que no humilla. Quien contempla al Hijo crucificado ve el corazón abierto de Dios, como una **peña hendida donde el alma puede refugiarse y descansar** (cf. Ct 2,14).

El Espíritu Santo: vínculo y fuego

El Espíritu es el soplo que une al Padre y al Hijo y nos introduce en su comunión. Es el amor derramado en nuestros corazones (Rm 5,5), la fuerza que nos hace vivir como hijos y hermanos. Donde el Espíritu actúa, nace la reconciliación, brota la alegría, surge la creatividad, se restablece la paz. Él es el **misterio que nos habita**, el fuego suave que transforma desde dentro sin violentar.



La Trinidad en nuestra vida

Crear en la Trinidad es aprender a vivir **en relación**: no encerrados en nosotros mismos, sino abiertos al otro. El Padre nos enseña a confiar, el Hijo a servir, el Espíritu a amar. Cada gesto de comunión, cada

perdón ofrecido, cada acto de generosidad es un pequeño resplandor de la vida trinitaria que late en nosotros.

Contemplación final



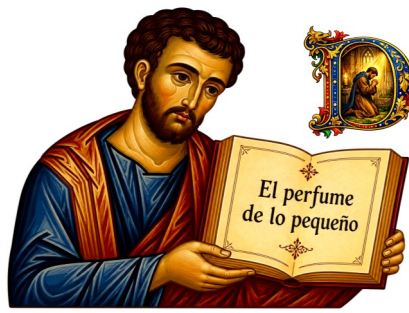
Cuando miramos el mundo con ojos trinitarios, todo se vuelve signo de comunión:

- El sol que ilumina y calienta, como el Padre.
 - La tierra que acoge y da fruto, como el Hijo.
- El viento que mueve y fecunda, como el Espíritu.

En la Iglesia, la Trinidad se hace visible cuando hay fraternidad, servicio humilde, escucha del Espíritu, perdón sincero. La misión solo es auténtica cuando nace de esta comunión.

La Trinidad ilumina también el **Reino de Dios** que la Iglesia anuncia y espera. El Reino no es un sistema ni una estructura: es esta vida divina derramada en el mundo, la cercanía del Padre, la presencia del Hijo, la acción transformadora del Espíritu. Cada gesto de paz, de misericordia, de comunión es un anticipo real del Reino.

Por eso, la fiesta de la Trinidad es también **fiesta de esperanza**. Lo que hoy celebramos en la liturgia será un día plenitud eterna, cuando toda la creación viva en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Entonces, el universo entero cantará: **Gloria al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo**.



Deus Pater, qui,
Verbum veritatis
et Spiritum sanctifi-
cationis mittens in
mundum, mira-
bile mysterium
tuum hominibus

declarasti, da nobis, in confessione verae fidei,
aeternae gloriam Trinitatis agnoscere, et Unitatem
adorare in potentia maiestatis.

Traducción oficiosa

Dios Padre, que al enviar al mundo el Verbo de la verdad y el Espíritu de santificación, revelaste a los hombres tu admirable misterio, concédenos que, confesando la verdadera fe, reconozcamos la gloria eterna de la Trinidad y adoremos la Unidad en la majestad de su poder.

Litúrgicamente, esta oración resume la **economía trinitaria**: el Padre envía, el Hijo revela, el Espíritu santifica. Y la Iglesia responde con fe, adoración y comunión.

Saboreando lo que la Iglesia reza

En la oración colecta de este día, la Iglesia nos invita a detenernos, a respirar hondo, y a dejarnos tocar por un misterio que no se entiende con la cabeza, sino que se acoge con el corazón. La Trinidad no es un concepto para resolver, sino una **presencia que nos envuelve**: Padre, Hijo y Espíritu Santo, comunión que nos sostiene incluso cuando no somos conscientes de ello.

Dios no se revela como un enigma lejano, sino como **una relación que nos busca**. El Padre nos llama por nuestro nombre. El Hijo nos muestra un rostro que no excluye a nadie. El Espíritu abre en nosotros

un espacio donde podemos descansar sin miedo.

Admirar el misterio es reconocer que Dios es más grande que nuestras certezas, y que esa grandeza no nos aleja, sino que nos atrae. Es mirar la vida con asombro, como quien descubre que lo pequeño tiene un brillo que no viene de este mundo. El asombro es la puerta por la que Dios entra sin hacer ruido.

Confesar la verdadera fe no es repetir fórmulas, sino **vivir desde la comunión**. Es permitir que el amor del Padre nos haga hijos, que la entrega del Hijo nos haga hermanos, que la ternura del Espíritu nos haga hogar para otros.

La Trinidad nos enseña que la verdad no se impone: se ofrece. Que la santidad no se conquista: se recibe. Que la gloria de Dios no es un triunfo, sino una comunión que abraza nuestras fragilidades.

Cuando la Iglesia confiesa la fe, no defiende una teoría: **proclama una relación viva**. Dios es amor que se derrama, palabra que ilumina, espíritu que transforma.

Admirar el misterio y confesar la fe, como se pide en esta plegaria, es aprender a vivir así:

- ⇒ Mirar al otro como don.
- ⇒ Escuchar como escucha el Hijo.
- ⇒ Consolar como consuela el Espíritu.
- ⇒ Crear comunión como crea el Padre.

El objetivo de esta fiesta no es comprenderlo todo, sino dejarnos sostener. **El asombro eleva las manos; la confianza las deja abiertas**; y en ese gesto sencillo, casi infantil, **el alma aprende a adorar**.



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

CATEDRAL
DE OVIEDO

